

ATLAS  
de  
ISLAS  
*REMOTAS*  
de  
*Judith Schalansky*

*Cincuenta y cinco islas  
en las que nunca estuve  
y a las que nunca iré*

TRADUCCIÓN DE

*Isabel G. Gamero y Marta López García*

*Capitán Swing* 

Nørdica libros

PRÓLOGO PARA LA NUEVA EDICIÓN

Isolario.

Ratones mutantes, canarios silenciados,  
islas oscuras. 6

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

El paraíso es una isla.

El infierno también. 16

OCÉANO GLACIAL ÁRTICO

*Soledad 32 Isla del Oso 34 Isla Rodolfo 36*

OCÉANO ATLÁNTICO

*Santa Kilda 40 Ascensión 42 Brava 44*

*Annobón 46 Santa Helena 48 Trinidad 50 Isla Bouvet 52*

*Tristán de Acuña 54 Thule Sur 56 Isla de Gough 58*

OCÉANO ÍNDICO

*San Pablo 62 Islas Keeling del Sur 64 Posesión 66*

*Diego García 68 Ámsterdam 70 Navidad 72*

*Tromelin 74 Sentinel del Norte 76 Agalega 78*

## OCÉANO PACÍFICO

- Napuka* 82 *Rapa Iti* 84 *Robinsón Crusoe* 86  
*Howland* 88 *Isla Macquarie* 90  
*Fangataufa* 92 *Atlasov* 94 *Taongi* 96  
*Isla Norfolk* 98 *Pukapuka* 100  
*Isla de las Antípodas* 102 *Floreana* 104 *Banaba* 106  
*Isla Campbell* 108 *Pingelap* 110  
*Isla de Pascua* 112 *Pitcairn* 114 *Semisopochnoi* 116  
*Clipperton* 118 *Raoul* 120  
*Socorro* 122 *Iwo Jima* 124 *San Jorge* 126  
*Tikopia* 128 *Isla de Pagán* 130  
*Isla de los Cocos* 132 *Takuu* 134 *Nukulaelae* 136  
*Islas Midway* 138

## OCÉANO ANTÁRTICO

- Lauría* 142  
*Isla Decepción* 144 *Isla de Franklin* 146  
*Pedro I* 148

## GLOSARIO 150

## ÍNDICE ONOMÁSTICO 152

*ISOLARIO.*

*RATONES MUTANTES,*

*CANARIOS SILENCIADOS,*

*ISLAS OSCURAS.*

UN DÍA DE VERANO DE 2009, dos semanas después de haberme convencido en una imprenta de Maguncia de que había terminado mi trabajo en el *Atlas de islas remotas* (al menos de la primera edición), mi mirada se posó en un volumen de la biblioteca que tenía el prometedor título *Isolario*. Lo cogí y, para mi sorpresa, me di cuenta de que el género literario que justo creía haber inventado con mi atlas existía desde hacía mucho tiempo: los *isolarii*, enciclopedias manejables sobre islas que fueron muy populares en los siglos XV y XVI, sobre todo en la República lacustre de Venecia, centro de navegación y de las primeras artes de la imprenta, y que solo recogen islas: próximas y lejanas, conocidas y recién avistadas, legendarias y extrañas, retratadas de forma concisa con mapas y vistas costeras, además de descripciones historiográficas y literarias, junto con indicaciones sobre su ubicación, tamaño, posibles bajíos y posibilidades de desembarque.

Al parecer, había revivido sin querer un género literario casi olvidado pero fascinante que tiene su origen en los límites entre el atlas mundial y el relato de viajes. Comparte con ambos géneros la característica de registrar cada vez más costas y experiencias nuevas, con cada nueva expedición y vuelta al mundo. Según he leído, el modelo de todos los *isolarii* posteriores es el *Liber insularum archipelagi*, también conocido como *Insularium Illustratum*, un atlas enciclopédico publicado en 1420 en Rodas y Constantinopla, que ordena de forma arbitraria setenta y nueve islas, archipiélagos y algunas localidades costeras del mar Jónico y Egeo, y que combina conocimientos geográficos, náuticos e históricos de tal manera que no solo ofrece una orientación práctica, sino que también permite la contemplación y el entretenimiento. El autor, un monje florentino llamado Cristoforo Buondelmonti, que había viajado por su cuenta por las aguas griegas, escribe en el prólogo dedicado al cardenal Orsini: «Se lo envío para que pueda tener el placer de dejar volar su imaginación cuando esté agotado», lo que puede entenderse perfectamente como una invitación al *armchair travelling*, esa forma eterna de viajar que ahorra dinero y recursos, pero que, en cambio, fomenta el poder de la imaginación.

No obstante, estos *isolarii*, creados al comienzo de la era de las trascendentes exploraciones y expediciones de conquista europeas, también se llevaban a bordo como manuales prácticos de navegación, mientras que mi atlas insular resultó ser totalmente inútil para la navegación, como señaló críticamente más tarde un capitán en una carta al director. No sería el único escrito que recibiría en los años siguientes desde todos los rincones del mundo, cuando mi libro se publicó cada vez en más idiomas. Me llegó un sobre decorado con caligrafía desde una estación polar, solicitudes de bibliografías, numerosas correcciones y hasta una serie de sugerencias de adiciones que, lamentablemente, tampoco pude incluir en esta edición ampliada, ya que la isla ártica de Jan Mayen es demasiado grande para la escala elegida, así como las islas subantárticas Heard y McDonald o las Kerguelen. Me enteré de la existencia de trotamundos — todos hombres sin imaginación alguna— que se habían propuesto visitar el mayor número posible de islas que figuran en mi volumen. Mi atlas, eso era evidente, hacía tiempo que había cobrado vida propia y, como constaté no sin cierta satisfacción, sin duda recorrió incluso más mundo del que yo jamás podría o querría recorrer. También parece haber inspirado una serie de proyectos editoriales similares, atlas poéticos en los que se cruzan las apropiaciones cartográficas y narrativas del mundo sobre lugares legendarios o inquietantes, paraísos desaparecidos o ciudades sumergidas, islas fantasma o líneas fronterizas oscuras.

Mientras que los *isolarii* de la Edad Moderna marcaron el comienzo de una era de exploración desenfrenada del mundo, los atlas poéticos de hoy en día demuestran la necesidad urgente de evocar una vez más los últimos y supuestamente desconocidos rincones de lo ignoto y lo extraordinario en un mundo globalizado, completamente medido y cortocircuitado por relaciones confusas de explotación.

Ahora que ni siquiera las profundidades marinas y las regiones polares están a salvo de la intrusión humana, la frontera de la influencia humana se desplaza a esferas extraterrestres sobre el terreno, en parte desértico,

de los planetas vecinos: nuevas tierras de nadie, sobre las que inevitablemente se proyectarán las mismas reivindicaciones territoriales que en su día se hicieron con la colonización de tierras extranjeras, que ya se habían encontrado previamente. Parece como si una parte de la humanidad, sin duda visionaria, pero ahora ajena a la historia, estuviera atrapada en una especie de obsesión por la repetición en la que el impulso de explorar mundos lejanos no conoce ni tabúes ni *non plus ultra*, sino, en todo caso, los límites de lo técnicamente posible. Sin embargo, la exploración científica sigue considerándose un servicio prestigioso para la humanidad, aunque conlleve a menudo la explotación económica por parte de una minoría.

El deseo de volver a dedicarme a mi *Atlas de islas remotas* me invadió en un momento de aislamiento involuntario —un concepto derivado de *isola*, palabra latina para «isla», que no significa otra cosa que «aislamiento»— que transformó gran parte de las regiones habitadas del mundo en islas con hogares. Incluí en mi colección otras cinco islas cuyas historias nos llevan al centro de la naturaleza híbrida de las islas, aunque puedan ser geográficamente remotas: se encuentran entre lo salvaje y lo cultivado, entre lo abandonado y lo conectado, entre la ilusión y la desilusión.

Aproveché esta ocasión para actualizar los datos del libro, como el número de habitantes, y comprobé la información oficial sobre el descubrimiento de cada territorio por si la isla visitada por los navegantes ya estaba habitada en ese momento. En estos casos, sustituí «descubierta» por «encontrada», un verbo cuya laconicidad hace algo más adecuado el acto escenificado y patético del presunto descubrimiento.

La clase de graves consecuencias que puede tener el afán de explorar hasta el último rincón del mundo quedan patentes en la población de ratones domésticos de la → **Isla de Gough (58)**, en el Atlántico Sur, que, a falta de enemigos naturales, han mutado hasta alcanzar un tamaño corporal enorme y una masa ingente. Introducidos a principios del siglo XIX por balleneros y cazadores de focas, estos roedores altamente sociales experimentaron con el tiempo una evolución cada vez más acorde a

las condiciones locales. La razón de ello son sus extraordinarias cualidades, como la capacidad de adaptación, el rápido cambio generacional y la tendencia a las mutaciones, que predestinaron a sus congéneres menos favorecidos por el destino a convertirse en los antepasados de una subespecie genéticamente muy homogénea llamada *Mus laboratorius*, fruto de la endogamia constante. Mientras que estos se conformaron con su hábitat natural y el artificial de los ensayos biológicos con luces cegadoras, los ratones de Gough perturbaron durante mucho tiempo y en secreto el frágil ecosistema típico de la isla, aunque de forma mucho más sólida que la sagina, que llegó inadvertida a la isla del Atlántico Sur hace solo unas décadas: una maleza perenne parecida al musgo que suele brotar en grietas y que, en su firme afán por ampliar al máximo su área de dominio, puede hacer frente sin problema a humanos y ratones. Sin embargo, los ratones invasivos murieron hace poco por hemorragias internas. Con la ayuda de medios drásticos, costosos y peligrosos, como el envenenamiento en masa de una población de vertebrados, se intentó revisar lo sucedido, como ya se hizo en el caso de los conejos en la → [Isla Macquarie \(90\)](#), retroceder en el tiempo y alcanzar un estado de biodiversidad equilibrada que, no obstante, difícilmente puede calificarse de moralmente inofensivo o natural. Por comprensible que sea el deseo de mantener el factor humano fuera de las relaciones ecológicas intactas, hay que calificarlo de utópico. Cuando se hicieron públicos los planes de exterminación de la autoridad competente en materia de conservación de la naturaleza, los defensores de los animales exigieron que el ser humano no se entrometiese, lo que parece tan alejado de la realidad como la bienintencionada visión de convertir la mitad de la superficie terrestre en parques nacionales vallados, en los que los seres humanos solo podrían aparecer como turistas de pago o como terroristas furtivos.

El hecho es que, independientemente del destino del viaje, uno siempre se encontrará con las huellas de su propia especie. El sueño de un nuevo comienzo no contaminado y de una forma de sociedad alternativa asociado

a la isla, para cuya realización utópica solo se necesita una única tierra virgen, ha quedado definitivamente obsoleto, incluso pervertido, aunque siga vivo en las fantasías elitistas de los preparacionistas de islas artificiales y autosuficientes. Frente a la → **Isla del Oso (34)** se excava en busca de petróleo, cuyos productos finales poliméricos obstruyen los intestinos de los albatros en las playas de las → **Islas Midway (138)**. Y → **Banaba (106)**, en tiempos precoloniales un reino insular independiente y fértil, es hoy un campo de batalla, décadas después del cierre de la mina de fosfato y la extracción de millones de toneladas de suelo rico en guano (fertilizante que garantizó la alimentación de la población australiana y neozelandesa durante generaciones), un paisaje craterizado mezclado con ruinas contaminadas con amianto, que apenas permite ser autosuficientes a los pocos habitantes de Banaba que han regresado del exilio forzoso. Es evidente que para una isla remota, la probabilidad de ser devastada por la explotación desenfrenada o el uso militar es tan grande como la de ser sometida a una protección de la naturaleza estrictamente controlada. Que una cosa no excluye a la otra lo demuestra la historia de las → **Islas Midway (138)**, que fueron declaradas reserva natural bajo la administración de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, por lo que el atolón arenoso aún revela desde el aire su pasado como portaaviones natural.

También hay imágenes satelitales que revelan en otros lugares lo que se pretende ocultar a la opinión mundial. La India hizo construir a una velocidad frenética, y sin tener que pasar por las evaluaciones obligatorias de impacto ambiental, una gigantesca pista de aterrizaje y un nuevo muelle en la isla mauriciana → **Agalega (78)**, una antigua colonia de esclavos que cuenta con una historia horrible y continua de explotación de sus tupidos bosques de cocoteros por parte de diferentes compañías comerciales. Además, dotó a las islas de coral justo de la infraestructura que sugiere su uso como base militar. Por ello, es probable que la población —en su mayor parte descendientes de esclavos traídos de Mozambique y Madagascar— se vea amenazada por el mismo destino que sufrieron los chagosianos

expulsados de → **Diego García (68)** y que, hasta hoy, siguen exigiendo su regreso y una indemnización. Las bases militares insulares que hoy en día se han reforzado con bancos de arena colocados estratégicamente, son el mejor ejemplo de aquellos lugares mencionados al margen de cualquier espacio real, en los que la fuerza exacta de la ocupación, los objetivos y propósitos concretos de sus operaciones deben permanecer en secreto. Son territorios con leyes propias, en los que toda la vida está sujeta a la lógica de la guerra, en especial la no humana. No hace falta mucha imaginación para predecir qué proyectos se llevarán a cabo en la → **Isla de Pagán (130)** abandonada por los humanos desde una erupción volcánica, pero habitada por numerosas especies animales raras: los planes del Ejército estadounidense de devastar la isla hasta dejarla sin reconocimiento geológico posible para usarla como zona de pruebas de lanzamientos de bombas y maniobras de aterrizaje, o el programa de reasentamiento del pueblo indígena chamorro, que les permitiría volver a cultivar sus tierras ancestrales. No hay que olvidar que todavía existen comunidades de seres humanos que saben utilizar su entorno de forma sostenible. Los miembros de la tribu de Andamán, que vive recluida en → **Sentinel del Norte (76)**, son, según todo lo que se sabe, descendientes directos de la primera ola de emigración africana de hace miles de años. Siguen viviendo como cazadores y recolectores, transformando el metal de los restos de los barcos naufragados frente a su isla en puntas de flecha muy afiladas, dispuestos a lanzarlas contra los intrusos. Desde finales de la década de 1960 hasta mediados de la de 1990, el Gobierno indio realizó intentos de contacto regulares, en los que se dejaban como ofrendas en la orilla cocos, utensilios de cocina, cerdos de engorde, muñecas o coches de juguete, y cuyo punto álgido indiscutible fue un encuentro documentado con una cámara de vídeo en 1991. Las imágenes temblorosas muestran a personas sonrientes, musculosas, incluso seguras de sí mismas, que, aunque con idioma desconocido, sabían dejar totalmente claro que no tolerarían que los visitantes desembarcasen, recordándonos una vez más que el contacto amistoso no es algo que se pueda

forzar. A finales de 2004, unos días después del violento maremoto que también elevó varios metros de → **Sentinel del Norte (76)** y destruyó las zonas de pesca seguras de la laguna, un helicóptero sobrevoló la isla en busca de supervivientes y se tomó una imagen icónica, como sacada de otra época. La imagen muestra la silueta oscura de un hombre que apunta con un arco y una flecha directamente al objetivo de la cámara frente al arrecife claro y granuloso. Parecía que los llamados nobles salvajes seguían existiendo y que seguían defendiendo su aislamiento con las armas, incluso después de las catástrofes naturales, lo que no podía significar otra cosa que ya habían tenido suficiente contacto con nuestra corrupción. Por muy obvia que pueda parecer esta interpretación, también es negligente, porque habla sobre todo de nuestros propios sentimientos de culpa idealizados en la esperanza de salvación de esas personas, y de nuestro anhelo de una versión inocente de nosotros mismos que se resista a la tentación del progreso técnico. El joven estadounidense John Allen Chau, por su parte, ubicó la necesidad de salvación en los isleños, quienes necesitaban urgentemente ser evangelizados para la salvación de sus almas. Su fatal visita a → **Sentinel del Norte (76)** siguió el antiguo mito colonial aún vigente de la última tierra salvaje que solo espera ser domesticada. En este relato, incluso el alma se convierte en un recurso del que hay que apropiarse, y la propia y asumida muerte en una apuesta para la perspectiva de volver a ser pionero y añadir otro capítulo final a la vigente literatura de misioneros y exploradores, considerada concluida. Al mismo tiempo, la historia nos enseña que una iniciativa de este tipo solo conoce una dramaturgia para la población indígena con la que se tuvo contacto, ensayada innumerables veces de principio a fin: pérdida cultural, enfermedad y muerte, selladas por costumbres y epidemias importadas (→ **Isla de Pascua [112]**). El hecho de que los sentineleses, como se denomina a esta etnia a falta de un mejor conocimiento, puedan defender su modo de vida se debe sobre todo al hecho geográfico de que habitan una isla. Los satélites, cuyos objetivos registran → **Sentinel del Norte (76)** con regularidad desde varios cientos de kilómetros de altura, se

llaman irónicamente Sentinel, «guardianes», y suministran imágenes de alta resolución a partir de las que se puede generar un mapa de la isla. Sin embargo, los nombres del entorno, con suerte, siempre se mantendrán tan desconocidos como el número exacto de sus habitantes.

Al hojear mi libro, pensé que toda la historia mundial podría narrarse fácilmente a partir de islas remotas, ya que su visión de conjunto invita a hacer comprensibles, en esencia, las relaciones históricas. El hecho de que, por ejemplo, Australia haya establecido en → **Navidad** (72) un campo de detención para personas dispuestas a migrar parece francamente imprescindible para una nación que tiene su origen en una gigantesca colonia de convictos que ignoraba los derechos territoriales de la población indígena.

Los atolones bajos como → **Takuu** (134), → **Agalega** (78) o → **Nukulae-lae** (136), con tierras arenosas y en su mayoría infértiles que se encuentran a tan solo unos metros sobre el nivel del mar, ilustran de manera impresionante el impacto del calentamiento global. Así, Tuvalu (→ **Nukulae-lae** [136]) se ha convertido en el símbolo de una nación insular en peligro, incluso en el tan citado «canario en la mina de carbón», esa especie de pájaro cantor que se mantiene en jaulas y cuyo silencio repentino alertaba a los mineros de la presencia de gases tóxicos. La imagen parece extrañamente apropiada si se tiene en cuenta que las aves son originarias de las islas (Canarias) y ya advertían en los pozos de los peligros inmediatos para la vida que entrañaba la minería (los llamados «malos aires»), mientras que las costas erosionadas de los atolones permiten experimentar las consecuencias indirectas del aumento del dióxido de carbono en la atmósfera, resultado del uso de combustibles fósiles. Sin embargo, esta metáfora tampoco percibe las islas como lugares reales que merecen ser conservados por sí mismos, sino como ejemplos didácticos de catástrofes futuras, cuyo valor se mide principalmente por su utilidad para las poderosas masas de tierra continentales. No exenta de una exageración apocalíptica, se evoca una vez más el tópico insular de los paraísos terrestres idílicos, cuya desaparición es responsabilidad de los ricos centros de crecimiento industrial,

grandes como Moloch. De hecho, el escenario de islas que se hundan encierra un potencial utópico, ya que plantea al derecho internacional la cuestión sin precedentes de cómo tratar a los Estados y a sus poblaciones cuyos territorios están desapareciendo.

Sin embargo, → **Takuu (134)** no ha desaparecido, como anunciaban las investigaciones desde hacía veinte años. Según he leído, en el atolón incluso se ha vuelto a establecer un puesto de ayuda, con oficina y almacén, una ambulancia y una sala de partos. Puede que no sea la última vez que tenga que reescribir mi isolario, porque la realidad se impone a todas las profecías.

*Berlín, mayo de 2021*

*EL PARAÍSO ES UNA ISLA.  
EL INFIERNO TAMBIÉN.*

LA GRAN MAYORÍA DE LOS NIÑOS apasionados por los atlas nunca ha viajado al extranjero durante su infancia, o al menos ese fue mi caso. Crecí entre las páginas de un atlas y en mi clase había una chica en cuyo pasaporte constaba que había nacido en Helsinki. Esto era inconcebible para mí: H-e-l-s-i-n-k-i. Estas ocho letras significaban para mí la llave hacia un nuevo mundo desconocido. Incluso hoy en día me asombran y extrañan los alemanes nacidos en Nairobi o Los Ángeles, por poner un ejemplo, y no puedo dejar de preguntarles por sus vidas y pedirles que me cuenten sus historias más extrañas, me interesan tanto como si provinieran de la Atlántida, Thule o El Dorado. Sé, por supuesto, que Nairobi y Los Ángeles existen, que son auténticas ciudades que aparecen en los mapas; pero el hecho de que alguien haya estado en esos lugares o incluso haya nacido allí me sigue resultando emocionante.

PROBABLEMENTE ME ATRAÍAN TANTO los atlas porque con sus líneas, colores y nombres reemplazaban los lugares reales que no podía visitar; pero seguí sintiendo esta atracción incluso cuando todo empezaba a cambiar: las fronteras físicas y emocionales de mi país natal desaparecieron de los mapas y podíamos viajar libremente por el mundo.

Antes del cambio ya me había acostumbrado a viajar con el dedo índice sobre un atlas, susurrando nombres de países extranjeros, en la conquista de tierras lejanas desde la sala de estar de mis padres. Mi primer atlas se llamaba *El Atlas para todo el mundo* y, como todos los demás, estaba comprometido con una clara ideología. Mostraba su propia imagen del mundo, con una evidencia incuestionable y a doble página, con el tamaño suficiente para que cada una de las repúblicas alemanas ocupara una página diferente. Entre ellas no había ningún muro, ningún telón de acero, sino solo un pliegue blanco, brillante y cegador que enmarcaba cada página y resultaba totalmente irrebalsable.

En los mapas escolares de la Alemania del Este se señalaba el carácter provisional de la República Democrática Alemana con una línea discontinua, que enmarcaba un territorio designado con las misteriosas siglas SBZ [*Sowjetische Besatzungszone*, territorio ocupado por los soviéticos]. Aunque solo

me di cuenta de esta diferencia más adelante, cuando tuve que memorizar el nombre de ríos y montañas de mi país natal, que aparecían representados con el doble de su tamaño acostumbrado.

Desde ese momento desconfío de los mapas políticos, donde cada país queda recortado como una silueta de color sobre el mar azul. Estos mapas enseguida se vuelven obsoletos y no dan muchos más datos, aparte de quién gobierna cada mancha de color.

LOS MAPAS resultan mucho más informativos cuando no segmentan la tierra en distintas naciones, sino que superan e ignoran las fronteras creadas por los humanos. En los mapas topográficos las masas de tierra van cambiando sus colores brillantes, sin cortes abruptos, desde el verde oscuro de las planicies, pasando por el marrón rojizo de las montañas y hasta llegar al blanco glacial de las zonas polares; y los mares se extienden por su parte, en todos los tonos posibles de azul, ajenos al curso de la historia.

Por supuesto que estos mapas, con su inclemente generalización, apaciguan el carácter agreste de la naturaleza, por reducir la multiplicidad de la de la auténtica geografía, reemplazarla con signos convencionales y decidir si unos cuantos árboles constituyen o no un bosque, o si merece la pena señalar un rastro de huellas humanas como un sendero o un camino. De este modo las autopistas en los mapas se extienden con una amplitud contradictoria, una ciudad alemana de un millón de habitantes es representada con el mismo icono que una ciudad china, una bahía ártica brilla con el mismo azul que una pacífica, porque ambas tienen la misma profundidad, y los primeros icebergs que se levantaron sobre el mar permanecen ignorados.

Los mapas son al mismo tiempo abstractos y concretos y, pese a su objetividad, completamente medida y calculada, no pueden mostrar la realidad, sino solo su propia interpretación de la misma, en ocasiones bastante temeraria.

LAS LÍNEAS DE LOS MAPAS demuestran ser auténticas artistas de la transformación; con su fría estructura matemática recortan meridianos y paralelos, sin tener consideración alguna por la diferencia entre tierra y mar;

convierten además montañas, valles y fosas marinas en meras líneas de altura; y procuran, con la ayuda de tonos oscuros y sombras, que la Tierra mantenga su corporalidad.

Pero, más allá de esta frialdad, recorrer un mapa con el dedo índice puede ser entendido como un gesto erótico; esto me resultó meridiana-mente claro cuando en la Biblioteca Estatal de Berlín me encontré por primera vez un atlas en relieve. Era un globo terráqueo con todas sus curvas rugosas, sus alturas y sus profundidades, y, por primera vez, todas sus superficies se hicieron obscenamente tangibles para mí, desde la insondable Fosa de las Marianas hasta las inalcanzables cimas del Himalaya.

Un globo terráqueo representa la Tierra con más fidelidad que una colección de mapas en un atlas y por esto mismo puede despertar el espíritu viajero de los más jóvenes. La forma esférica de la Tierra resulta además tan maravillosa como problemática; su perpetuo movimiento es ilimitado e irrefrenable, no distingue arriba de abajo ni principio de fin, y la mitad de su superficie permanece siempre oculta.

EN CAMBIO, EN LOS ATLAS, la Tierra parece tan plana y alcanzable como la imagen que durante tanto tiempo se tuvo de ella, antes de que los exploradores descubrieran y dieran nombres a todos los espacios en blanco de los mapas y nos salvaran de los inquietantes monstruos marinos y otras aterradoras criaturas que poblaban sus márgenes. Al final aquel ingente continente deseado del Polo Sur del planeta también fue condenado a desaparecer y su nombre se reveló como doblemente falso: *Terra australis incognita*, porque ¿si no se conoce una tierra, cómo puede recibir un nombre?

Pretender hacer visible el mundo entero en una única representación bidimensional presenta problemas, que incluso en nuestros días no han sido solucionados de forma satisfactoria. Todas las representaciones muestran la Tierra distorsionada: o bien las distancias no se ajustan a la realidad, o bien los extremos quedan deformados y no se corresponden con su verdadera extensión. Si se dibuja un mapa que represente adecuadamente los extremos, los continentes no van a estar proporcionados: África, el segundo continente

en extensión, va a parecer que tiene el mismo tamaño que Groenlandia, la isla más grande del mundo, que en realidad es catorce veces menor que ese continente. Resulta imposible por lo tanto representar la superficie curva de la Tierra en un único plano que mantenga la misma proporción a lo largo y a lo ancho, en el centro y en los extremos. Todos los mapas establecen un pacto de ficción que convierte la cartografía en un arte que oscila entre la abstracción que anula los detalles y el desdibujamiento estético del mundo. Pero en Occidente se ha tendido a representar el mundo, distribuido de norte a sur y para que pueda ser percibido desde arriba, como lo haría un dios. Esta representación del mundo, hipotéticamente objetiva y sostenida aparentemente en evidencias científicas, reclama su veracidad y su exclusividad. Y no dudamos en denominar «el mapa del mundo» a esta representación, como si solamente pudiera ser así, como si no existiera un sistema solar o un universo más allá de estos límites. ¡Pero por supuesto que debe llamarse «mapa del mundo», no se le va a llamar «invención del mundo»!

HACE UN PAR DE AÑOS, mi profesora de tipografía me enseñó un enorme libro que guardaba en una gran cartoteca. Ya había visto con anterioridad algunos mapas de su colección: álbumes históricos, plagados de historias poéticas, acuarelas del país de Jauja, repletas de salchichas, pasteles y ribetes de colores; también había visto una antigua enciclopedia miscelánea, de formato apaisado y distribuida por entregas: se trataba de un compendio de todo el conocimiento posible, con el título más prometedor que ningún libro pueda tener: *Te lo contaré todo*. El contenido no era para menos: en solo un tomo se podía leer una descripción de distintas formas de llevar la barba a la moda, justo después de una página entera dedicada a muestras de dentaduras humanas, y la historia de los concilios ecuménicos iba seguida del listado de los atentados más importantes de la modernidad, insólita combinación que permitía que el ladillo de esa página fuera la maravillosa inscripción: «concilios/atentados».

Pero en el momento en que ella puso ante mis ojos esas láminas sedosas, algo arrugadas y encuadradas en papel de mármol azul, el *Te lo contaré todo* quedó eclipsado. Cada una de las páginas de este atlas, quebradizas y

amarillentas, estaba cubierta de innumerables figuras geométricas: cruces y recuadros, simples, dobles o triples; líneas continuas y discontinuas y todo tipo de letras, redondas, cursivas y completamente decoradas; iconos, abreviaturas, flechas y símbolos, todos ellos dibujados con finos trazos de carboncillo y coloreados con acuarela. Cada uno de los protagonistas de este relato cartográfico tenía rasgos propios, que los individualizaban y estaban descritos, uno a uno, en el índice con detalles minuciosos; a pesar de que las líneas blancas y negras creaban amplios márgenes y del tamaño a escala. En algunas ocasiones el trazo de la pluma resultaba algo tosco, pero en otros casos era tan perfecto que no parecía hecho a mano. Como revelaba el título, escrito en versalitas profusamente decoradas, este volumen era el compendio de una serie de ilustraciones topográficas de aprendices de cartografía francesa entre 1887 y 1889.

En el interior de la sobrecubierta descubrí una pequeña hoja de papel suelta. Era el mapa de una isla, que incluía además un trampantojo en la esquina inferior derecha; no tenía escala ni leyenda. En el centro de esta isla muda y anónima se alzaba un gran macizo montañoso, pintado con acuarela marrón; en sus valles había pequeños lagos y los ríos serpenteaban en su travesía hacia el mar, apenas insinuado por el contorno azul que enmarcaba la orilla.

Imaginé que un joven aprendiz de cartografía habría ensayado sus primeros trazos en esta isla, antes de atreverse a dibujar la tierra firme; y de repente me resultó meridianamente claro que las islas no son más que pequeños continentes, y que los continentes, por lo tanto, no son nada más que islas muy muy grandes. Este pedazo de tierra de claros contornos era perfecto, pero al mismo tiempo había sido olvidado completamente, como la hoja suelta en la que fue dibujado; había perdido todos sus vínculos con tierra firme, el resto del mundo simplemente se había esfumado. Nunca he vuelto a ver una isla tan solitaria.

EN REALIDAD, EXISTEN MUCHAS ISLAS que están tan lejos del país al cual pertenecen que ni siquiera aparecen en los mapas nacionales. La gran mayoría es ignorada, pero en ocasiones se les reserva un lugar dentro de

un rectángulo en un lado del mapa: atrapadas en su marco, amalgamadas en una de las esquinas, con su propia escala, pero sin información sobre su ubicación real. Se convierten así en notas al pie de la tierra firme, en un conocimiento docto, incuestionable pero prescindible, que me resulta mucho más interesante que todo el conjunto continental.

Preguntar si una isla, por ejemplo la → **Isla de Pascua (112)**, está lejos, resulta relativo; sus habitantes, los rapanuís, llamaron a su hogar Te Pit o Te Henua, que se puede traducir como «el Ombligo del Mundo». Dada la forma esférica e ilimitada de la Tierra, cualquier lugar puede ser considerado el centro del mundo.

Solo desde tierra firme resulta posible pensar que esta isla, creada por volcanes ahora extintos, se encuentra lejos. Solo desde el punto de vista continental se puede creer que el hecho de que una isla se encuentre a varias semanas de viaje en barco de la tierra más cercana la convierte en un paraíso. Solo para los que viven en el continente todo trozo de tierra rodeado de agua por todos lados resulta el lugar perfecto para proyectar experimentos utópicos y paraísos terrenales: al sur del Atlántico se encuentra → **Tristán de Acuña (54)**, donde en el siglo XIX siete familias vivieron en concordia microcomunista bajo el sistema patriarcal de William Glass. En la otra punta del planeta, en las Galápagos, el doctor Ritter, un dentista berlinés hastiado de la civilización y de las crisis económicas mundiales, fundó → **Floreana (104)** en 1929 y allí renunció a todo lo que consideraba superfluo, vestimenta incluida. Y el norteamericano Robert Dean Frisbie se mudó en la década de 1920 a un atolón del Pacífico, → **Pukapuka (100)**, donde, siguiendo un motivo clásico de la literatura de los Mares del Sur, se escandalizó y envidió la liberalidad de costumbres de los isleños. Estas islas parecen encontrarse en su estado primigenio, invariado desde sus inicios, paraísos previos al pecado original, puros, sin sentimiento de pudor ni de culpa.

LA FASCINACIÓN POR LUGARES REMOTOS llevó al marinero californiano George Hugh Banning, a comienzos del siglo XX, a enrolarse como grumete para navegar por el Pacífico, empujado por el inconfesable deseo de que su

barco naufragara; no le importaba dónde sucediera el naufragio, *mientras fuera lejos, en un lugar dejado de la mano de Dios, rodeado de agua por todas partes*. En principio tuvo mala suerte y escribió desilusionado: *Solo hacemos escalas en islas «tan interesantes» como Oahu y Tahití, donde envoltorios de chicles y el acento americano resultan casi tan frecuentes como las cáscaras de plátano en el suelo y el susurro del viento entre los palmerales*. Más tarde tuvo buena suerte por fin y se enroló en una expedición por aguas mexicanas en uno de los primeros yates de diésel propulsados por electricidad. En este viaje llegó a → **Socorro (122)**, de Baja California, donde tuvo la certeza de que no recibiría muchas visitas, ya que no había absolutamente nada allí, como todos le dijeron cuando insistió en quedarse. Cuando le preguntaron por su fecha estimada de regreso, para ir a por él y devolverlo a tierra firme, respondió: *Nunca, nunca, y esto es lo bello*.

OTRAS EXPEDICIONES atraídas por la belleza de la nada fueron las que trataron de navegar por los hielos eternos (→ **Isla Rodolfo [36]**), para estudiar la rotunda nada de los puntos polares. Aunque en realidad, en estos viajes al Polo Norte, las distintas naciones descubrieron un nuevo mundo, rico en vegetación y nuevas materias primas, que motivó muchos enfrentamientos. La atracción por la nada condujo a los más aventureros a una isla en la Antártida en la que nunca había logrado desembarcar nadie (→ **Pedro I [148]**). Otro reto inalcanzable, ofensa para el orgullo de los hombres, quienes querían dejar su huella ahí y al mismo tiempo asegurarse un lugar destacado en los anaqueles de la historia universal. Tres expediciones enteras fueron vencidas por esta isla completamente congelada; la primera que logró desembarcar allí lo hizo en 1929, ciento ocho años después de su descubrimiento, y hasta la década de 1990 más hombres han pisado la Luna que esta isla.

MUCHAS ISLAS REMOTAS son doblemente inalcanzables: la travesía para llegar hasta ellas es larga y complicada, en ocasiones resulta imposible desembarcar en sus costas, otras veces esto se logra con peligro mortal; pero incluso cuando se consigue llegar a tierra sin perder la vida, la isla, durante tanto

tiempo perseguida, suele estar desierta y no ofrece nada de interés, como era de esperar. Los cuadernos de bitácora de distintas expediciones corroboran esto: el teniente Charles Wilkes anotó que la → **Isla Macquarie (90)** *no ofrece interés para los visitantes*. Y el capitán James Douglas describió así este mismo lugar: *Esta isla es el lugar más miserable que nadie haya podido imaginar para el exilio de unos esclavos cautivos*. Anatole Bouquet de la Grye fue conciso al describir su primera impresión de la → **Isla Campbell (108)**: *triste*. Y George Hugh Banning, el ya mencionado amante de las islas solitarias, se refirió a → **Socorro (122)** de esta manera: *Ante todo resulta desoladora, tanto que me recuerda a un cúmulo de paja quemado, medio apagado por la lluvia, cuyas llamas carecen de la fuerza para volver a arder y se extingue en silencio sobre un charco de agua mortecino*.

LA MAYOR PARTE DE ESTOS VIAJES de aventuras está condenada al fracaso de antemano; un esfuerzo excesivo, y en ocasiones hasta disparatado, puede obtener como resultado la más mísera de las nada. Por ejemplo la Académie Française des Sciences envió dos expediciones muy costosas al lado opuesto del mundo, la → **Isla Campbell (108)**, en 1874, para observar el tránsito de Venus, el acontecimiento astronómico del siglo, que acabó cubierto por enormes nubarrones. Para distraer la atención de fracasos como este, los científicos dedican mucho tiempo a medir cada rincón de cada isla o a buscar ejemplares de las especies locales, cuyo listado, inventariado en largas tablas, aumenta con creces los apéndices de los cuadernos de navegación y justifica parte de los gastos. Cada isla supone un motivo de regocijo para los investigadores, es un laboratorio natural concentrado, donde no resulta necesario delimitar con grandes esfuerzos el objeto de estudio; la totalidad investigada permanece accesible, calculable y completamente alcanzable, apenas a unos kilómetros a la redonda y limitada por el mar, hasta que la flora y fauna locales son arrasadas por especies invasoras o los habitantes se contagian de las enfermedades de los exploradores, desconocidas hasta el momento.

NO RESULTA EXTRAÑO QUE ALGUNOS VIAJEROS que llegan a una isla sientan una enorme angustia y, ante las evidentes limitaciones de estos lugares, se obsesionen con la terrible posibilidad de quedar sitiados en ellas para siempre y tener que permanecer hasta el final de sus días en ese solitario espacio, sin nada más que hacer que enfrentarse a su propia existencia.

En este sentido, las rocas negras de → **Santa Helena** (48) se convirtieron en el lugar de exilio y muerte de Napoleón, y la verde y fértil → **Isla Norfolk** (98) dejó de ser un paraíso exuberante para convertirse en la colonia penitenciaria más temida de todo el Imperio británico. Y los esclavos supervivientes del naufragio del *Utile* se sintieron libres en la diminuta isla → **Tromelin** (74), pero esta hipotética libertad recuperada, que no llegaba a medir un kilómetro cuadrado, rápidamente se convirtió en una lucha descarnada por la vida.

Las islas lejanas son por naturaleza una cárcel perfecta, circundada por el muro monótono e irrebalsable del mar, tenazmente presente. Resultan especialmente convenientes para este fin las islas que se encuentran más apartadas de las rutas comerciales que unen, como si fuera un cordón umbilical, a las colonias de ultramar con tierra firme. En sus tierras se puede abandonar y olvidar todo lo que resulta poco deseable, repulsivo y odioso para la civilización. En este confinamiento, terribles enfermedades pueden expandirse sin obstáculos, como las misteriosas muertes de niños en → **Santa Kilda** (40), y extrañas costumbres pueden imperar, como las prácticas deleznable, pero aparentemente necesarias, de infanticidio que se dan en → **Tikopia** (128). Crímenes horrendos como violaciones (→ **Clipperton** [118]), asesinatos (→ **Floreana** [104]) y canibalismo (→ **San Pablo** [62]) parecen ser prácticamente inevitables en el estado de excepción que crean las islas. E incluso en nuestros días, existen territorios gobernados por leyes que causan repulsa a nuestro sentido del derecho, como puede verse con claridad en el escándalo sexual sucedido en → **Pitcairn** (114), donde sigue viviendo la pequeña comunidad de descendientes de los amotinados del *Bounty*: en 2004 la mitad de varones residentes en la isla fue acusada de haber violado regularmente a mujeres y niños durante décadas. Los acusados adujeron en su defensa que sus costumbres centenarias estaban permitidas por derecho consuetudinario, ya que sus antepasados ya habían

realizado prácticas de ese tipo con tahitianas menores de edad. El paraíso puede ser una isla, pero el infierno también lo es.

LA VIDA EN ESTOS PEQUEÑOS LUGARES solo es pacífica en contadas ocasiones, ya que la dictadura de un tirano solitario que impone un régimen de terror resulta más frecuente en las islas que la utopía de una comunidad completamente igualitaria. En principio, las islas fueron entendidas como colonias naturales, que estaban ahí, esperando ser conquistadas; por motivos como este fue posible que un farero mexicano se coronara a sí mismo rey de → **Clipperton** (118) y una timadora austriaca fuera proclamada emperatriz de las Galápagos en → **Floreana** (104).

Estos pequeños continentes constituyen mundos en miniatura donde, por encontrarse tan lejos y apartados del dominio público, resulta posible vulnerar los derechos humanos (→ **Diego García** [68]), hacer explotar bombas nucleares (→ **Fangataufa** [92]) o permitir catástrofes ecológicas, sin hacer nada por remediarlas (→ **Isla de Pascua** [112]).

En los confines de este mundo ilimitado ya no quedan jardines del edén; por el contrario, los hombres, que cada vez se expanden más por el mundo, se han convertido en aquellos monstruos que sus antepasados, los aventureros y descubridores, trataban de eliminar de los mapas.

NO OBSTANTE, LOS SUCESOS MÁS TERRIBLES siguen siendo los que poseen más potencial literario, y las islas suponen un emplazamiento perfecto para su desarrollo. Mientras el carácter absurdo de la realidad se diluye y relativiza en la inmensidad de tierra firme, en las islas se concentra y se vuelve prácticamente incuestionable: una isla es un espacio teatral, todo lo que sucede en ellas está prácticamente condenado a convertirse en leyenda, en tragicomedias de tierras remotas o en motivo de inspiración literaria. Estos relatos constituyen un género único porque verdad y mito no pueden separarse ya: la realidad se ficcionaliza y la ficción se torna real.

ANTIGUAMENTE LOS NAVEGANTES eran alabados por sus descubrimientos y entendidos casi como poderosos creadores; los trataban no solo como si hubiesen descubierto nuevos mundos, sino como si ellos mismos los hubiesen forjado. Los nombres desempeñan un papel muy importante en este momento creativo, parece como si al nombrar un lugar se le dotara de existencia. Por medio del bautizo, se sella un vínculo inseparable entre descubridor y tierra descubierta, y estas islas, supuestamente sin dueños, pasan a pertenecer de modo legítimo a aquellos que las avistan desde lejos, les dan nombre o habitan en ellas durante una temporada.

La expresión *Scribere necesse est, vivere non est* se aplica a todos estos casos: parece que solo haya sucedido realmente lo que es nombrado y queda por escrito. Además, quien clava la bandera nacional en el suelo de una tierra nueva se asegura de que su nación pasa a dominar ese territorio con todas las de la ley; poco después los investigadores calculan y apuntan las coordenadas de la isla, cartografían la tierra y nombran los accidentes geográficos con nombres de su lengua natal. El hecho de que Noruega haya sido el único país en elaborar un mapa actualizado de la isla → **Pedro I (148)** le concede tácitamente la posesión de esta isla, aunque según el Tratado Antártico ningún país puede reivindicar derechos de propiedad sobre este continente. Los cartógrafos siguen a los descubridores y, al dar nombres nuevos, estas tierras parecen nacer por segunda vez. Cada territorio recién descubierto recibe al mismo tiempo nombre y un nuevo dueño; y cada acto de conquista se vuelve a repetir cuando se dibuja su mapa. Solo cuando un territorio es minuciosamente estudiado, catalogado y medido, puede considerarse que existe en realidad; por todo ello, cabe considerar que todos los mapas son el resultado y la práctica de la violencia colonial.

LA REALIDAD FÍSICA DE CADA ISLA converge en ocasiones con el mapa que la representa, y entonces ya no resulta posible separarlos, como le sucedió a August Gissler, quien se dejó arrastrar por distintos mapas del tesoro y excavó durante años la superficie completa de la → **Isla de los Cocos (132)** a finales del siglo XIX en busca de oro. Las promesas que le hacían los mapas resultaron

al final más valiosas y reales que los tesoros que nunca encontró. Otro mapa inspiró la novela de Robert Louis Stevenson, quien sostuvo: *La forma de la isla hizo volar mi imaginación de manera extraordinaria. Tenía puertos que me hechizaron con sus sortilegios y, casi con la consciencia de estar predestinado para esta tarea, decidí nombrar a mi creación La isla del tesoro.*

Este título no solo se ha convertido en el representante por antonomasia de todo un género literario, sino que acabó integrándose en los atlas reales, ya que en 1970 se cambió el nombre a una isla del archipiélago chileno Juan Fernández, solo para atraer turistas. En ella, antiguamente llamada Isla Más a Tierra, Alexander Selkirk protagonizó su propia robinsonada *avant la lettre*, pero hoy en día esta isla no lleva el nombre de este aventurero, sino el de su encarnación literaria: → **Robinsón Crusoe (86)**; y para complicar más el asunto, a ciento sesenta kilómetros al este, se encuentra la isla Alejandro Selkirk, aunque este nunca pusiera un pie ahí.

Aunque en los mapas no se le dé importancia al horizonte, en realidad este tiene un inmenso poder sobre las islas, ya que día a día, con su agónica monotonía, corta el campo visual que se puede observar desde tierra y abre la posibilidad de que quizás, en cualquier momento, como un inesperado *deus ex machina*, emerja un barco, repleto de víveres o de promesas de regreso, apenas perfilado en la línea distante y azul del horizonte.

Por otro lado, los descubridores se vengan de los territorios que no cumplieron sus expectativas por medio de los nuevos nombres que dan a esas tierras; así Fernando de Magallanes en 1521 y John Byron en 1765 llamaron respectivamente Islas de la Decepción a unos pequeños atolones de las Tuamotu. El primero por no haber encontrado en esa tierra baldía ni una sola gota del agua potable que tanto necesitaban, ni absolutamente nada para comer; el segundo porque los pocos habitantes de la isla, hoy desierta, fueron inexplicablemente hostiles con los recién llegados. Muchos nombres proceden de narraciones míticas o fabulosas, por ejemplo en → **Posesión (66)** fluye el río Styx [Estigia] y la capital de → **Tristán de Acuña (54)** se llama Edimburgo de los Siete Mares, aunque los que viven allí la llaman simplemente «el Asentamiento»: ¿acaso podría llamarse de otro modo el único espacio habitado

que hay en un radio de 2.400 kilómetros a la redonda? Las denominaciones geográficas reflejan los sentimientos de sus habitantes y también los de los que, habiendo nacido en otro sitio, vivieron allí mucho tiempo; en este atlas he utilizado sobre todo los nombres creados por este segundo grupo, por aquellos que se vieron obligados a vivir largas temporadas en islas muy lejanas; por ejemplo los trabajadores destinados en → **Ámsterdam** (70) llamaron «virgen» a uno de los cabos de esta isla, «pechos» a dos de sus volcanes y otro cráter fue oficialmente bautizado como «Venus». Toda la orografía de esta isla se ha convertido en un póster erótico, en un sustituto de las mujeres que nunca fueron allí. Esta isla supone al mismo tiempo un lugar real y su reflejo metafórico.

LOS CARTÓGRAFOS deberían reivindicar su oficio como un verdadero arte poético y los atlas como un género literario de belleza máxima; en definitiva, su arte es digno merecedor de la primera denominación que recibieron los mapas: *Theatrum orbis terrarum* [Teatro del mundo]. Los mapas pueden o bien despertar ansias por viajar y conocer países nuevos, o bien apaciguar este deseo, especialmente cuando la satisfactoria experiencia estética de recorrer un mapa con ojos y dedos logra reemplazar el viaje real. Pero consultar un atlas supone mucho más que cualquier viaje: todo el que abre sus páginas no se contenta solo con observar lugares exóticos y aislados, sino que desea traer el mundo entero ante sí, de una vez y sin limitaciones. El anhelo por viajar prevalecerá sobre los atlas y siempre será mayor que la satisfacción alcanzada al cumplir el objetivo deseado. Desearía que cualquier atlas fuera más valorado, hoy y siempre, que la guía de viajes más completa.

JUDITH SCHALANSKY

# *OCÉANO GLACIAL ÁRTICO*

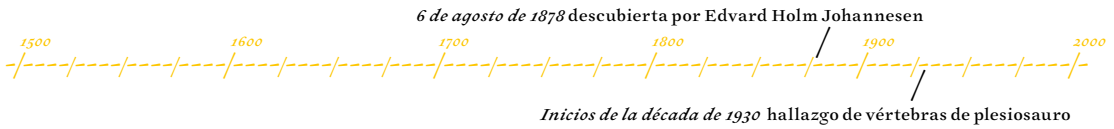
*Isla del Oso* •

*Isla Rodolfo* •

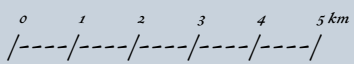
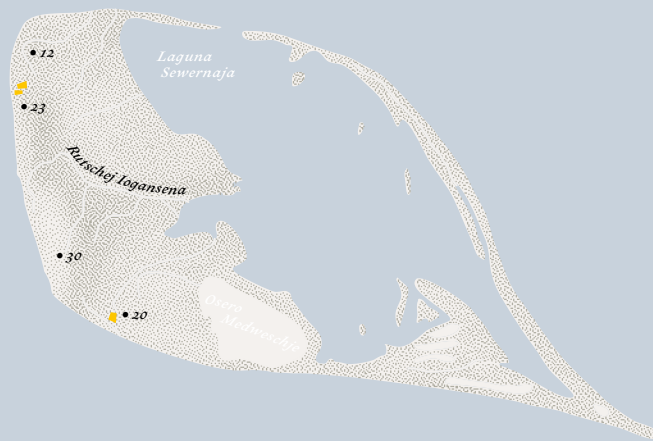


• *Soledad*

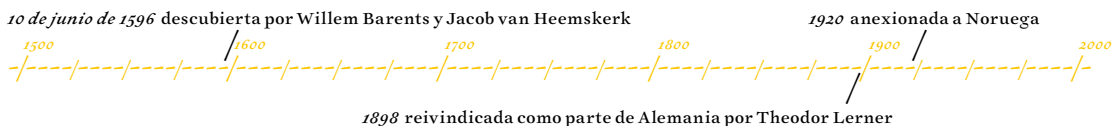
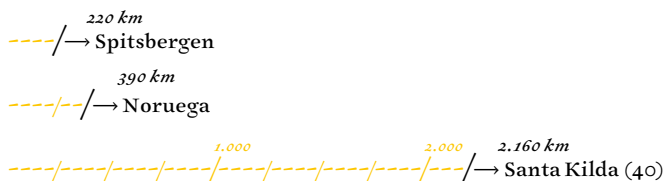
# Soledad (Rusia)

NORUEGO *Ensomheden* [Soledad] | RUSO *Ostrow Ujedinenija* [Isla de la Reclusión]20 km<sup>2</sup> | Deshabitada

Soledad se encuentra en el Polo Norte, en el centro del Mar de Kara. La isla hace honor a su nombre: es fría y desolada, en invierno se blindo de bloques de hielo; la temperatura media anual es de dieciséis grados bajo cero y en verano apenas supera los cero grados. // Aquí no vive nadie, una antigua estación polar se desmorona sobre la nieve; edificios abandonados, con vistas a pantanos helados, dormitan en los fiordos. // En esta isla se encontró una vértebra de una bestia de un tiempo que no es el nuestro; un par de años después, un submarino alemán bombardeó la estación meteorológica, destrozando varios cobertizos y matando a todos los trabajadores. Atacar Soledad fue una de las últimas misiones de ese destacamento alemán, de nombre *Operación Maravilla*. // Durante la Guerra Fría el centro meteorológico fue reconstruido y se convirtió en una de las estaciones polares más grandes de toda la Unión Soviética. Un marinero, procedente de Trømsø, descubrió y bautizó esta isla hace ya mucho tiempo, pero ese primer nombre ha sido olvidado. Los rusos la llamaron Isla de la Reclusión, pero quienes visitan la isla hoy en día ya no son prisioneros, sino eremitas que quieren pasar un año gélido y silencioso en Soledad, hasta regresar a tierra firme convertidos en santos. // Los víveres se conservan cubiertos de hielo en barracas verdes de madera, igual de congelados que los barómetros y los restantes instrumentos usados para medir la dirección del viento, la radiación del hielo o la altitud de las nubes; el pluviómetro está enterrado bajo una gran capa de nieve. En una pared, revestida con papel con dibujos de palmeras falsas, cuelga un retrato de un barbudo Lenin. En un cuaderno están meticulosamente anotadas todas las tareas de mantenimiento realizadas por los mecánicos, así como los niveles de aceite y gasolina de la única máquina del lugar. La última entrada que se conserva, escrita con rotulador rojo, se sale de los márgenes del cuaderno y sostiene lo siguiente: *23 de noviembre de 1996. Hoy llegó la orden de evacuación. El depósito de agua se está vaciando, generador desconectado. La estación está...* La última palabra es ilegible. Bienvenidos a Soledad.



## Isla del Oso Archipiélago de Spitsbergen (Noruega)

NORUEGO *Bjørnøya*178 km<sup>2</sup> | 9 habitantes

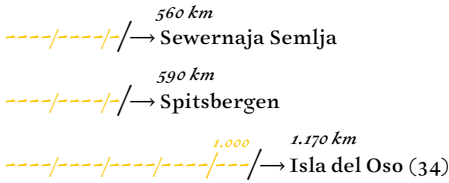
El 30 de junio de 1908, pese a ser un día lluvioso, el barómetro alcanza su cota más alta; a las dos de la mañana, hora local, siete ornitólogos, cuatro taxidermistas y un armero que viajan a bordo del vapor *Strauss* desembarcan en el muelle sur de la Isla del Oso. El barón Hans de Berlepsch, fundador de la Sociedad Protectora de los Pájaros, permanece alerta en la cubierta, lleva colgados unos gemelos en el cuello, además de su blasón, que ostenta cinco papagayos y fue otorgado por la gracia de Barbarroja. En silencio, escucha con atención en la oscuridad, intentando distinguir el canto de los pájaros que hasta entonces solo conocía por los libros. // A la mañana siguiente ya han cazado fulmares y aras aliblancas, una cría de garza blanca y un enorme gavión negro. En la playa, bandadas de gaviotas hiperbóreas revolotean por todos lados, los coleccionistas atrapan un puñado de crías, aún cubiertas de plumón grisáceo, y se las llevan a bordo, dos para criarlas en cautiverio, las restantes para matarlas y desplumarlas. Unas aras tordas observan a los recién llegados desde los acantilados. // Uno de ellos mata a un gavión negro de gran tamaño, aunque al examinarlo de cerca resulta ser una pequeña gaviota argéntea; otro golpea un colimbo rojizo. Tierra adentro, sigue el rastro de un págalo de cola alargada y acaban encontrando algunos patos negrones, que huyen por un lago helado. En los bancales de un arroyo disparan a una hembra de lavandera, mientras una pareja de escribanos huyen volando con tanta agitación que revelan el emplazamiento de su nido, por desgracia aún vacío. Una pareja de gaviotas árticas trata de desviar la atención de los ornitólogos, se alzan en vuelo para evitar que encuentren su nido, pero al fin los investigadores localizan el escondite de los huevos en una hondonada musgosa; son de color ocre, salpicados de manchas cetrinas y están perfectamente camuflados bajo una capa de brezo verde oliva. El barón de los pájaros recoge cuatro huevos enteros y uno roto, los envuelve en un pañuelo de bolsillo y se los lleva al barco. Los otros exploradores descubren unas alcas tordas que vuelan junto a las aliblancas, descerrajan varios tiros y un ejemplar de colorido plumaje se desploma sobre el agua. El viaje ha merecido la pena, ya tienen suficientes evidencias de la existencia de la isla. Los coleccionistas están satisfechos y, mientras recuentan su botín, una bandada de gaviotas devora los restos de una ballena en la playa.



# Isla Rodolfo *Tierra de Francisco José* (Rusia)

también conocida como *Isla del Príncipe Rodolfo Coronado* | **RUSO** *Ostrow Rudolfa*

297 km<sup>2</sup> | Deshabitada



*Abril de 1874* descubierta por Julius Payer y Carl Weyprecht durante la Expedición Austrohúngara al Polo Norte



El trineo avanza en dirección norte a cincuenta grados bajo cero, porta treinta libras de carne de oso y trata de alcanzar la siguiente latitud. Las patas ensangrentadas de los perros árticos colorean la nieve y trozos del glaciar se iluminan y crujen bajo el sol. El paisaje es baldío, carece por completo de vegetación y es tan blanco como sus representaciones en los mapas. Cada vez quedan menos lugares por descubrir en el orbe terrestre, algunos de ellos esperan a ser nombrados cerca de aquí, en los confines del mundo: una tierra de nadie sin puntos cardinales. El polo silencioso que orienta la brújula es inalcanzable; el enigma del Paso del Noroeste sigue sin resolverse; el sueño de un mar abierto, caldeado por la Corriente del Golfo, un canal navegable que conduzca hasta las Indias aún está por cumplir. // Dejan atrás el trineo, malduermen en una grieta del glaciar y avanzan a pie hacia el norte. La expedición está dirigida por el teniente Julius Payer, primer hombre que logró escalar más de treinta cimas alpinas y comandante en tierra de esta misión; pero aquí no hay tierra que valga. Aunque todas las islas de este archipiélago recién descubierto hayan recibido un nuevo nombre, Rodolfo no es más que un gran trozo de hielo vacío. El teniente Payer no duda a la hora de nombrar, avanza incansable, bautizando cada isla, cada glaciar y cada saliente rocoso con nombres de los amores de su juventud, de sus mecenas, amigos y archiduques, e incluso del hijo de Sissi. Intenta traer su hogar a esta tierra de hielo: rememorando los nombres de los padres de la tierra, en el nombre de los padres de la tierra. // La brújula anuncia que ya se han superado los ochenta y dos grados de latitud norte; el teniente dibuja una nueva línea en su mapa mudo, pero en realidad, en la tierra, no hay más que una gran capa de nieve, indiferente a los mapas. Por la tarde alcanzan la otra orilla de la isla, llamada igual que el Príncipe Coronado, pero ante ellos no se extiende ningún mar navegable, sino solo una inmensa superficie vacía, ribeteada de hielo; en el horizonte resplandecen montañas de nubes. El teniente dibuja por última vez tenues líneas sobre el papel: Cabo Felder, Cabo Sherard-Osborn y la punta sur de la Isla Petermann; clava la bandera del Imperio austrohúngaro en el suelo rocoso y sumerge en un arrecife un mensaje dentro de una botella. Palabras heladas, información para viajeros del futuro: : *Cabo Fligely, 12 de abril de 1874, 82° 5'.* Último punto alcanzable en dirección norte. Hasta aquí y no más allá.

